

## » **Materias de intimidad lésbica situada. Fantasías a la derecha, derecho a la fantasía**

*Por Ana Julia Crosa<sup>1</sup>*

### **Sobrevivir es lo que menos deseo**

**E**n este trabajo me propongo releer “Sobrevivir es lo que menos deseo”, un ensayo de Dorothy Allison (2020), en lengua lésbica, es decir, en comunidad con otras escrituras tortas y desde mi propia lengua erótica. Mirar nuestras trayectorias corporales, nuestras imaginaciones sexuales, nuestras propias materias eróticas nos acercan al potencial político de los afectos alienados del sexo como plataformas posibles desde las cuales transformar la realidad y los modos de imaginación política (sexual) lésbica. val flores (2017) nos recuerda que decir prosexo es también crear una epistemología micropolítica de las prácticas de resistencia que desarticula e interrumpe las estructuras de comprensión, las orientaciones prácticas, el lenguaje habitual y los logros ideales de la sexualización normativa de la decencia pública, la que rige lo que se puede hacer a la vista de tod\_s, lo deseado y lo deseable, lo placentero, lo que se puede decir, lo permitido y lo prohibido, incluso en el ámbito de nuestras fantasías. La escritura lesbiana ha rehecho mundos, al menos los nuestros. Pensar teorías tortilleras, rastrear huellas de pensamiento lésbico y subrayarlo no puede estar alejado de saborear, disputar y practicar la lengua lésbica volcada, traducida y traicionada. Ni de buscar en nuestros propios trazos eróticos compartidos los milagros, las historias duras y los relatos completos que puedan dar cuenta de las ruinas de nuestras intimidades menores. Desde las teorías feministas, no resulta extraño pensar política e intimidad como conceptos no antagonísticos. Habiendo puesto en cuestión los binarios público-privado, la intimidad no refiere a ese ámbito donde el alcance de la discusión pública no llega. La cuestión está en que este esfuerzo se diluye precisamente cuando la intimidad transgrede lo que se es-

---

<sup>1</sup> CIFFyH, UNC

pera de ella, haciéndose muchas veces ininteligible, ininteligibilidad que, de ser demasiado amenazadora a la intimidad con mayúscula, la heterosexual, pasa a ser públicamente discutida, problematizada, incluso perseguida –asesinada–. Berlant (2020) analiza críticamente las diversas formas de la intimidad, cuyo modo más reconocido y reconocible está vinculado a la intimidad pública. Es decir, por un lado, se establecen las modalidades de intimidad institucionalizadas en el marco de un sistema familiar, heterosexual, clasista, blanco, etc, –la narrativa que implica tener una vida–; y por otro, se encuentran las formas menores e invisibilizadas de construir intimidades, los encuentros fuera de canon, señalados como resto o residuo. La autora problematiza la intimidad y sus instituciones, identificando también los fallidos o ruinas que han dejado los intentos por “tener una vida” en cuerpos que resultan amenazantes al sistema sexo género íntimo y heterosexual. Muchas veces estas políticas de intimidad consiguen soterrar las ruinas de nuestras intimidades menores.

A catorce años del asesinato de la Pepa Gaitán y veintiún días después del ataque y masacre en Barracas, la ruina como materialidad nos interpela y tiene la potencia de crear mundos. Puede provocar la imaginación del gemido vital que evoca, establecer lazos otros, componer *entres* borrados que, si no se hicieran presentes en ese resto, persistirían en el borramiento.

Las políticas heterosexuales de borramiento implican modos de “violencias como el menosprecio, la subordinación de la experiencia y el olvido, traen como consecuencia silencios que se vuelven el vívido testimonio de una abyección o borradura” (flores, 2017, p. 19). Y en algunos casos conlleva el riesgo de la propia muerte, del fuego, del acoso y la violación, de la cárcel, de la pobreza, de la soledad y del trauma.

En ese sentido, el sistema sexo género marca jerarquías de valor sexual que funcionan en diversos ámbitos sociales: bio-médico, psi, religioso y también popular; dejando en los márgenes de la moralidad a actos/prácticas que se alejen de un modo heterosexual, monógamo, de paridad etárea y reproductivo. “Este tipo de moralidad sexual tiene más en común con las ideologías racistas que con la verdadera ética” (Rubin, 2018, p. 97), plantea Gayle Rubin. Ahora bien, ¿cuáles son y cómo operan nuestras fantasías de orden y liber-

tad? ¿Cómo relatamos nuestros propios terrores, nuestras propias vergüenzas y venganzas? ¿Qué nos hacen las cenizas de nuestras muertas, de nuestras rabias, de nuestras contradicciones a nuestras prácticas e imaginaciones sexuales? ¿Qué teorías son posibles desde nuestras materias sexuales? O dicho de otro modo, ¿qué relatos nos hacen teoría lésbica? ¿Quiénes cuentan?

## Narrarnos con las cosas

“Esa es, creo yo, la importancia de decir la verdad, cada unx de nosotrxs escribe a partir de la visión única que nuestras vidas nos han dado”  
Allison (2020, p. 35)

Dorothy Allison invita a escribir con verdad, a rehacer el mundo a partir de narrarnos: “Me parece que el único modo en el que he perdonado algo, en el que he entendido algo, es a través del proceso de abrirme a mi propio terror y dolor para reexaminarlo, recrearlo en el relato, y volverlo otra cosa, hacerlo significativo –incluso si el significado reside solo en el acto de narrar” (2020, p. 34).

Dice Donna Haraway que las narraciones importan, interesan las historias que tejen otras historias. Y que lo central de las teorías feministas, lo que está en juego, es precisamente quién y qué está en el mundo, cuidar el relato y a quiénes cuentan (Haraway, 2016).

Nací en 1985 en un pueblo al sur de la provincia de Córdoba. Por varias razones, es un milagro que esté sentada hoy acá escribiendo (leyendo) sobre la verdad que nos narra. Aprendí a hablar casi a los tres años. Y, desde los ocho, supe que lo mejor era escribir. “Mi edad, el origen de mi familia, la región y la clase en que me crié, y sí, mis tiempos –las eras políticas y morales por las que he pasado– han dado forma a lo que soy”, relata Allison.

La primera vez que me sentí linda fue cuando una lesbiana me miró. Nunca antes me había sentido deseable de ese modo. Ella y yo trabajábamos en una iglesia y todo era complicado, sin embargo, ahí aparecí con mi deseo y todo era tan verdadero que casi nada importaba. Pero en realidad sí me importa. Durante mucho tiempo viví mi sexualidad tapada, prohibida, exclusivamente de manera íntima, adentrada y aún hoy estoy aprendiendo a ser cariñosa con mis

amantes en la calle. Eso me da vergüenza. En parte por mi origen de clase y mi educación fría, en parte porque aún sueño con caras de asco y desprecio de religiosas y curas que me expulsan de su mirada y de su paraíso, todo lo contrario a ese día en que me supe mirada por ella:

Debo reconocer los milagros de mi vida [...]. Milagros, quiero decir prodigios, maravillas, y accidentes asombrosos, yuxtaposiciones afortunadas, y encuentros felices, algunos resultantes del trabajo y el azar, pero muchos otros inexplicados e inexplicables. (Allison, 2020, p. 29)

Si hoy estoy acá es en gran medida por las lesbianas, amigxs y amantes, con quienes he compartido mi cama y mi mesa. En general no compartimos la clase social y eso fue haciendo que me contamine de un mundo ajeno a mi horizonte de sentido, a mi narración posible.

Como Allison, “siempre he escrito una vez que he terminado de hacer todo lo demás” (2020, p. 26) y, últimamente, lo demás es tanto que he dejado la tarea de escribir, salvo por el consultorio donde tomo nota, junto a Ruben, mi gato de 10 años, de lo que traen mis pacientes y por las actas y resoluciones que redacto en el centro de investigaciones de la universidad pública donde trabajo como secretaria, la escritura se me esfuma en quehaceres, a veces se vuelve ceniza. Sin embargo, escribir para mí es tan vital o más que coger. Escribir ha sido lo único que me ha consolado. Creo que me gusta coger, pero más me gusta escribir sobre eso, y muchas veces escribo en la cama. Tomo medicaciones diarias porque a veces no me puedo levantar, porque a veces me ahogo, porque a veces el llanto no cesa, porque a veces aparece la nada y me interpela el cuerpo. Atiendo personas que quizás pasan por algo parecido y eso también me ayuda a correrme de mi dolor. O a narrarme con esos otros relatos:

No se espera que hablemos de nuestra sexualidad, no más que en los términos más generales y degradados, nuestras pasiones reducidas a adicciones o el objeto de teorías pobremente pensadas de la desviación y la compulsión, nuestras relaciones amorosas más legendarias reescritas como las interacciones insulsas de mejorex amigxs o sistemas de dependencia obturados y soluciones económicas necesarias. (Allison, 2020, p. 31)

La tristeza y la ansiedad, sin embargo, no han hecho que deje de coger, aunque a veces no tenga ganas, eso no se ha esfumado del todo. Hay un punto en común entre mi orgasmo y mi llanto que algunas de mis amantes conocen. A veces cojo triste y lloro ajenizada de mi propio cuerpo... “A veces [...] mi boca sabe a cenizas” (Allison, 2020). “Si estamos obligadas a hablar acerca de nuestras vidas, de nuestra sexualidad y de nuestro trabajo únicamente en el lenguaje [...] de una sociedad que nos desprecia, en última instancia seremos incapaces de hablar más allá de nuestras aflicciones” (Allison, 2020, p. 28).

## Ruinas de intimidad

“Una vida debería dejar / profundas huellas: / surcos en el sitio / en que ella salía y volvía / para buscar el correo / o mover la manguera / en el jardín; / pararse ante el fregadero, / un lugar desgastado; / bajo su mano, / los tiradores de porcelana / frotados hasta convertirse / en pastillas blancas; / el interruptor que solía / buscar tanteando / a oscuras / casi borrado. / Sus cosas tendrían / que conservar sus marcas. / El paso de una vida / debería verse; / mostrar su erosión. / Y cuando la vida se interrumpe, / un cierto espacio / –por pequeño que sea– / tendría que exhibir las cicatrices / de ese tránsito / grandioso y dañino. / Las cosas no tendrían que ser tan duras”

Kay Ryan

“Necesito que cuenten historias crueles. Necesito que honren a nuestrxs muertxs, que ayuden a que sobrevivan [...] hacer más que sobrevivir, eso es lo que necesitamos”  
(Allison, 2020, p. 37)

En las primeras horas del 7 marzo de 2010, la Pepa Gaitán murió como resultado de un disparo a quemarropa, recibido la tarde anterior. Tenía 27 años. Su asesino, quién portaba una escopeta calibre 16, y le disparó a no más de un metro de distancia es Daniel Torres, el padrastro de la que fue su novia.

La Pepa y su novia habían decidido irse a vivir juntas hacía unos meses, para ello acondicionaron un pequeño cuarto en el gran salón de la Asociación Civil María Pía, donde la Pepa trabajaba junto a toda su familia en un comedor comunitario que, además, ofrece guardería, da ayuda escolar y varios talleres a cientos de niñas del barrio Liceo 2da sección, una barriada popular ubicada en la periferia de la ciudad de Córdoba (tron, 2015, pp. 1-2)

Cuatro mujeres que compartían habitación en Buenos Aires fueron víctimas de un ataque con una bomba molotov y solo una sobrevivió. “Las mataron por lesbianas”; suena una y otra vez de parte de integrantes del colectivo LGBTI+ que exigen justicia. No hay antecedentes en la historia nacional de un ataque de esta dimensión. Según testimonios de los vecinos a organizaciones feministas que están acompañando la causa y también al medio Agencia Presentes, Justo Barrientos, el autor de la masacre, las había amenazado en Navidad y las discusiones eran frecuentes. Le molestaba su orientación sexual y las llamaba “engendros”, “torta” o “gorda sucia”. Entre la comunidad LGBTIQ+ hay un cierto resurgimiento del miedo. Las muertes de Andrea Amarante, Pamela Cobas y Roxana Figueroa constituyen el ataque de odio más grave registrado en nuestro país y no es un crimen aislado. (Digón y Sosa, 2024).

Hace una semana el diario local *La Voz del Interior* publicaba una breve nota con las claves del triple crimen de odio. La primera de las claves es el abandono y la vulnerabilidad.

Dijo val flores que:

lo que resta, eso que falta, tal vez sea el excedente no de algo que alguna vez se cumplirá, sino aquello que opera como campo de abyección para que lo otro haya sido posible. En otros términos, todo “logro” supone una política del descarte. (flores, 2016, p. 4)

La foto de los restos de una cama lésbica hecha ceniza entre los contenedores de basura dos días después del ataque promete la fantasía social de orden y olvido.

Voy a pensar la materialidad afectiva del resto o residuo como huella material entre las cosas, en el escenario que sobrevive. Una pared levantada por Daniel Torres, la misma persona que gatilló el arma contra el cuerpo de la Pepa, una pared torcida que sirve aún

como puente para el alimento, que se muestra en el Documental “Viva la Pepa” (2023) exhibe “las cicatrices / de ese tránsito / grandioso y dañino”, como reza el poema de Kay Ryan. Parecen ser las cosas las que evocan, principalmente, la vida y post vida de la Pepa: “me crió ella hasta los seis años. Me llevaba a la cancha, al colegio, a jugar al fútbol. Siempre estuvo presente”, cuenta su ahijado con la voz quebrada. Los tatuajes evocan un nombre y unas cosas que lo hicieron posible; la venta del teléfono, de la play, un día de trabajo.

Las cosas dan testimonio público y colectivo, disputan objetividad fuerte. Una molotov, una cama, una escopeta, una pared, un diario con la palabra lesbiana, un mural, una camiseta, unas colchas que cuidan, una mesa.

¿Cuáles paradojas nos devuelven las cosas narradas? ¿Qué fantasías de consenso y orden se vuelven narrativa? Las cosas a veces nos contradicen, nos enfrentan a otras preguntas, nos hacen recuerdos, nos arruinan relatos. Es que “entonces también una vive con las presas, con las muertas, con las despistadas, y no solo, o no necesariamente, con quienes parecen compartir el mismo ahora” (Dahbar, 2020, p. 17). Unx también vive, muere, y sobrevive con las cosas que nos narran.

Dice Barad que la materia, las cosas que hacen mundo, pueden pensarse en intimidad: “Cada fragmento de materia se constituye en responsabilidad, cada uno está constituido como responsable de otro, como estando en contacto con el otro. La materia es un asunto de intimidad intempestiva e insólita, condensaciones de ser y de tiempos” (Barad, 2023, pp. 28-29). Allison finaliza el ensayo con un poema que escribió diez años antes de ese presente, dedicado a una lesbiana que fue rociada con combustible y quemada en las calles de un barrio en las márgenes de San Francisco, sin ayuda, “abandonada, en llamas en las calles”. El poema finaliza así:

Nos volvemos nuestras muertes.

Nuestros nombres desaparecen y nuestras amantes dejan la ciudad,  
Corazones rotos, locas,

Pero nosotras somos las que morimos.

[...] A veces

Cuando amo a mi amante

Mi boca sabe a  
Cenizas.

Es un milagro que hoy esté sentada acá escribiendo (leyendo) sobre la ceniza que nos narra. “Esa fue la narración que pude escribir entonces, y es tan verdadera como lo pude lograr” (Allison, 2020, p. 33).

## Referencias

Allison, Dorothy (2020). *El sexo y la escritura*. Neuquén: Ediciones Precarias.

Barad, Karen (2023). *Tocando al extrañx interior. La alteridad que entonces soy*. Buenos Aires: Cactus.

Berlant, Laurent (2020). Intimidad. *Revista Transas*. <https://revista-transas.unsam.edu.ar/intimidad/>

Dahbar, Victoria (2021). *Otras figuraciones. Sobre la violencia y sus marcos temporales*. Córdoba: Asentamiento Fernseh.

Digón, Virginia y Sosa Tillard, Nicolás (2024). Triple crimen en Barracas. Las claves para analizar el ataque de odio más grave de la historia argentina. *La Voz del Interior*. <https://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/triple-crimen-en-barracas-las-claves-para-analizar-el-ataque-de-odio-mas-grave-de-la-historia-de-argentina/>

flores, val (2017). *Interrupciones*. Córdoba: Asentamiento Fernseh.

flores, val (2021). *Romper el corazón del mundo*. Madrid: Continta Me Tienes.

Haraway, Donna (2017). *Manifiesto de las especies de compañía: perros, gentes y otredad significativa*. Santa Fe: Bocavulvaria.



Rubin, Gayle (2018). *El crepúsculo del brillo. La teoría como justicia erótica*. Santa Fe: Bocavulvaria.

tron, fabi (2015). *¿Quiénes mataron a la Pepa Gaitán? Crónicas del juicio a Daniel Torres*. Santa Fe: Bocavulvaria.

